

Valores federales, puentes sobre trincheras

Por José Luis Atienza

Espero disculpéis que me vaya más allá de los cerros de Úbeda. A la imagen del planeta tierra vista desde el espacio exterior, que aparece en la película Federal de Federalistas d'Esquerres dirigida por Albert Solé. Se ve todo oscuro, excepto las lucecitas de los sitios donde vive la gente. Donde vivimos nosotros. Desde el espacio el nosotros se ensancha, es global. Ya no somos ni 7 y medio, ni ocho y medio ni 46 y medio. Somos un nosotros de 7.700 millones.

Sin embargo, vivimos la era de la individualización, y de una de sus manifestaciones, el hooliganismo contagioso de las redes donde los otros siempre son ellos. Todo empuja a la voluntad de ser como individuo, a la autodeterminación individual, sumada a la apuesta política de parcelar las reivindicaciones, hacerlas identidades. Identificarnos con todos nuestros carnets en la boca, lo que conduce a la devaluación y desactivación del nosotros transformador. Nuestra identidad compleja de ciudadanía.

El nosotros político se segmenta en distintas identidades, nacionales, de clase social, de género, de identidad sexual, de minoría. Es un nosotros parcelado de lo que nos diferencia, que nos divide en clasificaciones, dotadas de voluntad de ser, de autodeterminación. Con una excepción, la clase social. No es casualidad. La revolución individualista es una contrarreforma conservadora.

La segmentación de lo público produce el debilitamiento del concepto de lo público, divide en pedazos la manta del bien común. El discurso político que plantea los problemas en términos de identidad para tomar partido hasta mancharse, invita al contrario a hacer lo mismo en sentido opuesto. Identidades que se afirman la una en contra de la otra. Es un modelo con el yo, el self por delante para que no se espante, que busca partir con guión la palabra nosotros. derrotar el nosotros, el nos por un lado y los otros por otro.

Languidece el sentido común porque se adelgaza una parte de lo que era común a todos, lo que se compartía. Cuanto más crecen las identidades más se encogen los espacios comunes, más se purifican de mestizajes extraños y crece un imaginario irreal de que esto va de o todos moros, o todos cristianos.

Volvamos a las luces de la tierra desde el cielo. Más que una manera de entender las naciones necesitamos una manera de entender el mundo. Aunque triunfe el individualismo, el selfie personal o social como propuesta política, casi se lee el verbo compartir en el planeta visto desde el cielo.

Compartir para concretar asignaturas pendientes de los viejos ideales de la revolución francesa, libertad, igualdad y fraternidad, en perpetua crisis los dos últimos, porque son derechos para los más débiles que dependen de que los más fuertes hagan los deberes.

Compartir para mitigar el cambio climático, para convivir con la realidad, porque cuando la quiebra de un banco de Nueva York provoca el desahucio de un piso de la Verneda o de unos bajos del barrio de Triana, es que, lo queramos o no, somos interdependientes.

La realidad ha demostrado que la solidaridad es una bella palabra que se pone fea cuando se usa, porque en vez del cada palo que aguante su vela, obliga a dar algo de lo que se tiene a quien le falta. Por el contrario, el feminismo ha enseñado que la diferencia puede convivir con la igualdad aunque no sea una convivencia fácil.

Cooperar en vez de confrontar, administrar la biodiversidad política, articularla para hacer gobiernos que sean mejores, más cercanos a los ciudadanos, y el máximo de asociados y unidos para hacer frente desde la proximidad y la globalidad a los

hechos transnacionales. Construir un proyecto de Estado a partir de los valores federales de un federalismo capaz de levantar puentes por encima de las trincheras, pero que a la hora de verdad, tanto en la política española como en la catalana, todavía es un personaje en busca de autor.

Ganar no basta para transformar, se necesita dialogar, convencer, persuadir y acordar. Y tener un proyecto de España alternativo que no nos hiele el corazón, donde quepamos todos, la igualdad y toda su diversidad.